



¿Qué quiso decir Jesús con aquello de que cada cual tome su cruz?

Llevar la cruz

por Linda Gehman Peachey



Durante mi juventud en una iglesia menonita, oí muchas veces que debíamos «tomar la cruz» y seguir a Jesús; que debíamos estar dispuestos a sufrir antes que defendernos contra la violencia; que debíamos amar a nuestros enemigos y tratar bien a los que nos maltratan.

Últimamente esos mensajes me crean conflicto. Me temo que este énfasis en el amor que sufre ha conducido demasiadas veces a una pasividad frente al mal. Puede que incluso anime a los que son víctima de violencia y del mal a resignarse a «llevar la cruz» en lugar de buscar seguridad y justicia. Quizá llegue a ser una exaltación del sacrificio o incluso la muerte, en lugar de promover la vida y la salud que Dios quiere para nosotros. Esto es especialmente cierto para las mujeres, a las que por generaciones se

ha transmitido el mensaje de que debían aguantar la «cruz» del abuso de sus maridos u otros miembros de sus familias.

¿Qué quiso decir Jesús con aquello de que cada cual tome su cruz? ¿Qué hemos de hacer cuando nos enfrentamos al mal y la violencia?

1. Tomar la cruz no significa someterse al mal. Jesús no se quedó de brazos cruzados frente a la injusticia y la violencia. Actuó decisivamente. Por eso le crucificaron. Sus acciones y su prédica constituyeron un reto a las autoridades que gobernaban y el control que ejercían sobre el pueblo. La cruz no fue el resultado de su timidez sino de su resistencia frente al mal.

Jesús nos invita a nosotros también a buscar formas de oponernos a la injusticia y el mal. Ya está bien de pensar que sólo existen dos respuestas frente al mal: o la sumisión pusilánime o la represalia agresiva. Podemos hallar otras formas de responder, formas donde nos respetemos a nosotros

mismas a la vez que a los demás, poniendo fin a la violencia sin que para ello haya que dañar a nadie.

A veces eso supondrá abandonar una situación opresiva o violenta, como cuando los hijos de Israel se marcharon de Egipto o cuando los cristianos primitivos se dispersaron para eludir la persecución. Los menonitas han huido de persecuciones y guerras, hubo esclavos que huyeron de sus amos y hay mujeres que se marchan de relaciones opresivas e incluso peligrosas.

También habrá ocasiones cuando sea necesario el enfrentamiento, denunciando las acciones de personas abusivas y sistemas opresivos. Por ejemplo, los primeros anabaptistas plantaron cara a las autoridades religiosa y políticas, el pueblo de la India presionó a los británicos hasta obtener la independencia, y los americanos de procedencia africana han luchado valientemente por conseguir la libertad, derechos humanos, respeto y dignidad.

Trágicamente, también existen situaciones donde no hay ninguna salida, ninguna manera de evitar el mal y la muerte. Este es también, desde luego, el significado de la cruz: la realidad terrible de que son demasiados los que sufren y mueren sin que Dios intervenga para evitarlo. Muchas veces el pecado parece prevalecer.

2. Sin embargo, el sufrimiento en sí mismo no tiene nada de positivo. El sufrimiento no es la voluntad de Dios para nadie. Al contrario, al levantar a Jesús de la muerte, Dios intervino para repudiar tamaña violencia. Dios no pretendía la muerte sino la vida. Además, la resurrección establece que no había sido Jesús el desobediente

También en este número:

Ser una iglesia auténtica	3
A libertad fuisteis llamados (II)	4
Noticias de nuestras iglesias	6
Joel, Jonás y Malaquías	8

Y esto es lo que nos salva. No es el sufrimiento sino el amor de Dios lo que tiene poder para arrancarle algún bien a la desdicha, trayendo curación donde hay heridas, redención donde hay pecado y resurrección donde hay muerte.

sino los que procuraban silenciarle, los que procuraban castigarle.

Y entonces, ¿por qué permitió Dios la crucifixión? Si Dios pudo levantar a Jesús de la muerte, ¿por qué no impedirla sin más? Puestos al caso, si el sufrimiento no es la voluntad de Dios, ¿por qué abundan tanto la muerte y la maldad? Desafortunadamente, no existe ninguna respuesta obvia.

Podría decirse que Dios permite que las leyes de la naturaleza funcionen sin que él se meta de por medio. O que Dios permite el mal como consecuencia del libre albedrío humano. Al igual que un padre o una madre que ama a su hijo y desea que escoja siempre lo mejor, Dios nos permite la posibilidad de escoger el mal así como el bien. Además, Dios permite que nuestras instituciones humanas y nuestros sistemas sociales también acaben contaminados por el pecado. Aunque creadas para servir el bien común, estas estructuras frecuentemente acaban sirviendo sus propios intereses e anteponiéndolos a la voluntad de Dios.

Sea cual sea nuestra respuesta a estas preguntas, sabemos que podemos buscar y conocer el amor de Dios. Podemos confiar que lo que Dios desea para nosotros es que maduremos y aprendamos y nos curemos. Podemos descansar en la promesa de Dios, que él estará con nosotros en los momentos más duros. Y esto es lo que nos salva. No es el sufrimiento sino el amor de Dios lo que tiene poder para arrancarle algún bien a la desdicha, trayendo curación donde hay heridas, redención donde hay pecado y resurrección donde hay muerte.

3. Y sin embargo, Dios no nos promete seguridad. Dios desea que vivamos seguros y sin embargo no siempre interviene, no siempre nos rescata del peligro. He aquí una paradoja profunda. Escoger la vida puede entrañar graves peligros. Quizá nos sintamos llamados a abandonar lo que nos es familiar y enfrentarnos a lo desconocido. Quizá nos sintamos llamados a enfrentarnos al mal y a la potestad que ejerce sobre nosotros y otros. Esto es lo que tenía en mente Jesús al proponer que si alguno quería seguirle, «niéguese a sí mismo y tome su cruz» (Mr 8,34-37). No es que haya que ir a la busca de sufrimientos y muerte sino que hemos de tener el valor y la libertad de seguir el llamamiento de Dios, por grande que sea el riesgo. Que no podemos permitir que el miedo nos sujete y destruya sino que hemos de confiar en Dios, pase lo que pase.

Las preguntas no desaparecen. ¿Cómo podemos saber que estamos escogiendo la vida y no la muerte? Al aventurarnos a cambiar, tendremos que estar dispuestos siempre a revisar nuestros pasos. ¿Son pasos que dan vida, o es que acaban reforzando los poderes de la muerte? ¿Honran y estimulan el Espíritu de Dios en nuestro interior, o es que acaban por destruir lo que es valioso y bueno? ¿Y contribuyen a que todos los que se ven involucrados puedan ser personas más responsables, que rinden cuenta de sus acciones? Sin lugar a duda hará falta mucha oración y mucha imaginación, junto con otros recursos espirituales y comunitarios para ayudarnos a meditar estas preguntas.

Harto frecuentemente la Iglesia ha insistido que sus miembros más débiles carguen con el deber de amar y perdonar mientras ha rehusado exigir cuentas de los que ocupan posiciones de poder. Jesús hizo todo lo contrario.

4. Por último, Dios no hace de tapadera para el pecado y la maldad. Jesús predicó el arrepentimiento y el cambio, no sólo en nuestras creencias y actitudes sino también en nuestras acciones y relaciones. Instó a asumir la responsabilidad por nuestra conducta, cambiar nuestros hábitos y seguirle a él.

Harto frecuentemente la Iglesia ha insistido que sus miembros más débiles carguen con el deber de amar y perdonar mientras ha rehusado exigir cuentas de los que ocupan posiciones de poder. Jesús hizo todo lo contrario. Aunque esperaba que todos se arrepintiesen, sus palabras más duras estaban dirigidas a los líderes religiosos que abusaban de su poder y explotaban al prójimo.

Nosotros que decimos seguirle —especialmente los líderes en las iglesias— también tenemos que hallar formas de predicar el arrepentimiento y exigir cuentas a los que abusan y maltratan al prójimo. Tenemos que aprender más acerca del funcionamiento del poder, del perdón y de la reconciliación. Y al igual que Jesús, tenemos que enfatizar los hechos más que las palabras.

¿Qué quiere decir «llevar la cruz»? No hay respuestas fáciles. Pero digamos claramente que no constituye sin más un llamamiento a la sumisión y a la muerte. Al contrario, es una invitación a la vida y a la fe. Es un llamamiento a correr riesgos, confiando que el amor y la justicia de Dios prevalecerán. Concédanos Dios abundante sabiduría, valor y gracia, mientras nos disponemos a seguir así a Jesús.

—Traducido con permiso para El Mensajero por D.B., de The Menonite, 4 abril 2006, pp. 8-10.

Ser una iglesia auténtica

Myron S. Augsburger

En su libro The Robe of God («La túnica de Dios») (2000), el evangelista menonita Myron S. Augsburger relata algunos de los pasos que tomaron cuando abrieron una iglesia en la ciudad de Washington, EE.UU.:

Planeamos nuestras reuniones de culto para minimizar las tendencias a separar entre protagonista y público, permitiendo así que toda la comunidad participara de diversas maneras. También descubrimos que es posible estructurar la propia organización de la comunidad de tal manera que la gente participase al máximo (ver 1 Co 14,24-33; 39-40; 11,5). Creamos un equipo pastoral de tres personas, cada una de una raza distinta y con representación de ambos géneros; un consejo de ancianos que diera guía espiritual y teológica; una junta de *diáconos* (o *siervos*) para ejercer funciones prácticas; y cinco comisiones: de alabanza, maduración, compañerismo, administración y misión. Así los miembros tenían de sobra dónde tomar parte en los ministerios de la iglesia.

Nuestra meta era llegar a ser una comunidad de hecho y en la práctica, no sólo una asamblea informal. Como comunidad de los redimidos, nuestra iglesia en Washington tenía las siguientes metas:

- En primer lugar, procurábamos ser una comunidad del Espíritu en nuestro caminar juntos como discípulos de Cristo.
- En segundo lugar, procurábamos ser una comunidad de maduración, estimulando y equipándonos unos a otros para servir al Señor.
- En tercer lugar, procurábamos ser una comunidad donde damos cuenta de nuestras vidas, exigiéndonos unos a otros vivir en consonancia con nuestra confesión de fe. Jesús enseñó que somos todos responsables de atar y desatar, es decir, de compartir conjuntamente la labor de discernimiento moral y guía espiritual (Mt 18,15-20).

- En cuarto lugar, procurábamos ser una comunidad de compasión, con amistad sincera, al servicio unos de otros y de todos a nuestro alrededor, por virtud del amor de Cristo.
- En quinto lugar, procurábamos ser una comunidad de interpretación, procurando comprender entre todos la mente de Cristo en nuestro estudio de la Escritura, en cuanto a nuestro estilo de vida y nuestra relación con los temas de interés general en el mundo.

Al escuchar la palabra de Dios unos en boca de otros, la predicación de la Palabra adopta un enfoque comunitario y así evitamos caer en «la arrogancia de la experiencia propia», como lo describió alguien muy hábilmente. El ejercicio de escuchar juntos la predicación de la Palabra nos iguala a todos; es una experiencia que nos pone a todos al mismo nivel.

En otro lugar del mismo capítulo, Augsburger propone las siguientes marcas que indican la existencia de una iglesia fiel:

Hay *marcas internas*, por las que los que estamos en la iglesia reconocemos que somos iglesia. Son dos:

- Conversión: cada uno confiesa que Jesús es nuestro Señor.

- Disciplina: damos cuenta a los demás de que en efecto vivimos como discípulos de Cristo.

Hay *marcas externas*, por las que el mundo o la ciudad a nuestro alrededor reconoce que somos iglesia de Cristo:

- Evangelización: proclamamos que somos discípulos de Cristo y que nos entusiasma compartir su vida.
- Libertad de los poderes: vivimos bajo el mandato intransferible de Cristo solo y no nos mueve la idolatría de ningún nacionalismo.

Y por último hay *marcas universales*, que ponen de manifiesto que no somos una mera asociación cultural, étnica o sectaria:

- Amor: entendido como la dedicación de nuestras vidas a promover la justicia y la paz.
- Misión: entendida como un servicio de compasión y de identificación con los necesitados y marginados de este mundo. Jesús dijo: «Así sabrán que sois mis discípulos, si tenéis amor unos por otros» (jn 13,35).

—tradujo D.B.



En Gálatas, capítulo 5, el apóstol Pablo escribe de una manera concisa y clara acerca de lo que él llama las obras de la carne y el fruto del Espíritu. Es importante entender que al definir algunas conductas como «obras de la carne», Gálatas 5,19-21, Pablo no pretende esclavizarnos con exigencias pesadas, duras y difíciles; una especie de prisión psicológica donde acabamos por sentirnos atrapados por culpa de nuestra aceptación del cristianismo. Al contrario, Pablo describe la vida cristiana con confianza como una de libertad. Aquí mismo, en Gálatas 5,13, Pablo reitera esa idea: «A libertad fuisteis llamados». Naturalmente, no se trata de libertad para pecar sino de libertad de la esclavitud al pecado. En esta serie de artículos vemos bajo ese título cuatro categorías generales de conducta que Pablo describe como «obras de la carne», es decir, cosas imposibles de achacar al Espíritu de Dios ni compatibilizar con el Espíritu de Dios.

Manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lujuria, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, divisiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas. En cuanto a esto, os advierto, como ya os he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios. Gálatas 5,19-21, RV95

A libertad fuisteis llamados (2 de 4)

La segunda categoría que descubrimos en este listado de «obras de la carne» (Gál 5,19-21), es la de la transigencia respecto al culto debido al único Dios, el Dios de Israel y Creador de los cielos y la tierra. Las palabras aquí son *idolatría* y *hechicería*.

La **idolatría** es un área de la vida que resulta especialmente difícil de denunciar hoy día, cuando la mayoría de los cristianos —si no todos— consideran que es un tema acabado, que ya no entraña ninguna tentación porque jamás adorarían una estatua de un dios pagano. Y sin embargo tengo por seguro que la mayoría de las personas, incluso muchos cristianos, son hondamente idólatras sin saberlo.

La palabra en sí, en griego, significa algo así como *servicio* [en el sentido de *culto religioso*] *presentado a los dioses representados escultórica o pictóricamente*. Lo primero que cabe preguntarnos, es qué son esos ídolos; qué eran o representaban en el mundo politeísta grecorromano y cuál sería su equivalente hoy día.

Hay que comprender que en la antigüedad la religión no era algo personal e íntimo, oculto en la psicología, los sentimientos y las convicciones del individuo y por tanto separado de las realidades sociales, políticas, económicas y militares, del trabajo y del ocio y de la familia, que regían el resto de la existencia humana. No había nada más práctico, nada que perteneciese más estrechamente a este mundo presente con todas sus actividades, sus



problemas, su materialidad y sus relaciones humanas. Infravaloramos la gloriosa plenitud de la humanidad de nuestros antepasados paganos si imaginamos que no eran capaces de una enorme capacidad de abstracción, de razonamientos complejos, profundos y coherentes acerca de la realidad de sus vidas. Si en los mitos sobre sus dioses no vemos más que historias absurdas de las que cualquier niño moderno dudaría, es porque albergamos una actitud injustificada de superioridad intelectual con respecto a nuestros antepasados.

Pero esos ídolos que ellos adoraban, representación material de realidades abstractas que existían entonces y siguen existiendo hoy, *daban senti-*

do a sus vidas, lo cual no es en absoluto despreciable cuando observamos la inquietante sensación de sinsentido de la vida que padecen tantos hoy día.

Desde luego que todos sabían perfectamente que las representaciones artísticas de sus dioses eran fabricaciones humanas hechas con materiales inertes. Pero consideraban que la contemplación de estas representaciones ayudaban a la mente y la imaginación —al alma— a concentrar su atención en el dios representado, de tal manera que aunque el propio dios, naturalmente, estaba presente en todas partes, se podía decir que en algún sentido su presencia se concentraba o sentía de una manera especial al contemplar ese *ídolo*. En ese sentido la

palabra *ídolo* tenía para todos, exceptuando judíos y cristianos, una valoración positiva, jamás negativa.

Esos ídolos que ellos adoraban, representación material de realidades abstractas que existían entonces y siguen existiendo hoy, *daban sentido a sus vidas.*

El equivalente de los dioses paganos nunca fue ni es Dios, el Dios de Israel y de los cristianos. ¡Ese Dios no puede tener equivalente! El equivalente de los dioses paganos son aquellas abstracciones, lealtades, ocupaciones, etc., que prometen dar sentido a nuestra vida y a la vez disminuyen nuestra lealtad y devoción al Señor. Hoy día podríamos calificar de dioses o *ídolos*, cosas como el consumismo, la ambición personal, el nacionalismo, la filiación política, la filiación deportiva, el dinero, las drogas, el sexo, el juego, la raza, la salud, la televisión y el cine, los títulos universitarios, el coche, la casa, los ahorros, el trabajo, los videojuegos y juegos de ordenador, la familia...

En algunos casos serán cosas que cualquiera puede reconocer como negativas. Pero en la mayoría de los casos serán cosas altamente positivas e incluso necesarias, que requieren su justa medida de atención y lealtad. Y en este caso sólo funcionan como dioses o ídolos cuando nosotros las endiosamos o idolatramos, cuando nos definen como persona, tanto como o más que nos define nuestra relación con el Señor.

Pongamos como ejemplo el nacionalismo. Es natural y loable sentir una especial solidaridad con personas que proceden de nuestra propia parte del mundo, que hablan nuestra propia lengua materna, tienen nuestras mismas costumbres, comparten nuestros mismos platos predilectos, etc. Pero cuando nuestro sentido de identidad personal se deja absorber por esa vinculación social y geográfica hasta el

punto de que asumimos como igualmente naturales y loables actitudes de rechazo de otros por el mero hecho de haber nacido en otro lugar o hablar otra lengua, etc., sin quererlo, ese sentimiento de nacionalidad se ha endiosado sobre nosotros, ya no está a nuestro servicio sino que nos controla, nos condiciona, nos resta capacidad para ver a todo ser humano como hermano. Hemos hecho de ese sentimiento un *ídolo*. Un ídolo que, por definición, disminuye nuestra humanidad y nos resta capacidad para amar al único Dios vivo y adoptar las actitudes y conductas que él instruye.

Hoy día podríamos calificar de dioses o *ídolos*, cosas como el consumismo, la ambición personal, el nacionalismo, la filiación política, la filiación deportiva, el dinero, las drogas, el sexo, el juego, la raza, la salud, la televisión y el cine, los títulos universitarios, el coche, la casa, los ahorros, el trabajo, los videojuegos y juegos de ordenador, la familia...

Pero éste es sólo un ejemplo, y se podrían decir cosas más o menos parecidas acerca de las demás cosas que ya hemos identificado como posibles ídolos... y otras muchas más.

En cuanto a la palabra griega que la mayoría de las traducciones vuelcan en castellano como **hechicería** (otras ponen *brujería* o *magia*), tenemos una curiosa observación lingüística con que empezar. De la palabra griega que se emplea aquí, *pharmakeía*, derivan nuestras palabras *fármaco* y *farmacia*.

En la medicina de la antigüedad, así como en la medicina popular de muchas regiones del mundo hoy día, hallamos absolutamente enmarañadas e inseparables, por una parte, un co-

nocimiento sorprendentemente profundo de las propiedades curativas de las plantas, con creencias supersticiosas y religiosas, invocación de espíritus, etc. Hoy diríamos que era una *medicina integral*, que por una parte curaba (o pretendía curar) las heridas o dolencias físicas y por otra parte curaba (o pretendía curar) las heridas o dolencias emocionales, sociales y psicológicas.

Es decir que al enfermo se le recetaba un paquete global que incluía cosas como beber infusiones de hierbas, pero también otras cosas como rezar alguna fórmula de palabra mágicas o invocar a algún dios. Lo importante aquí es que la *farmacia*, la medicación de la época, lo incluía todo indistintamente. Y a nadie se le podía ocurrir valerse de las propiedades medicinales de infusiones, cataplasmas o sanguijuelas y a la vez rechazar los conjuros, rezos y encantamientos que invocaban espíritus y dioses paganos.

Desde luego, las hierbas y los aspectos físicos o materiales de la medicina de la época podía hacer mucho bien; pero los rezos y las invocaciones obviamente no podían hacer otra cosa que confundir y turbar el espíritu de los cristianos. La conexión con la *idolatría* es inmediata y evidente.

La carta de Santiago nos expone la alternativa que empleaban los cristianos. Por una parte, aplicaban los conocimientos de la naturaleza que re-

La carta de Santiago nos expone la alternativa que empleaban los cristianos.

presenta el acto de «ungir con aceite», seguramente no cualquier aceite sino preparados medicinales con aceite como excipiente; y en ese sentido Santiago también podría haber puesto que se bebieran infusiones o aplicaran cataplasmas. Pero Santiago opone a la *pharmakeía* tradicional que figura en Gál. 5 como «obra de la carne», la invocación a Dios y la confesión de pecados. Esto cuadra bastante exac-

tamente con la actitud de la mayoría de los creyentes hoy día, que invocamos a Dios y pedimos las oraciones de la iglesia... y a la vez aceptamos las técnicas y los fármacos de la medicina científica.

Por eso las traducciones que traen las diversas versiones de la Biblia en castellano son perfectas. Con palabras como *hechicería* o *brujería* o *magia* designan la fe en curanderos populares que fomentan todo tipo de creencias paganas, invocando expresamente a espíritus y santos (muertos) o incluso a Dios mismo pero en contradicción con la Palabra de Dios.

Pero tales desviaciones de centrar nuestra existencia, nuestro culto y adoración y nuestra lealtad última tan sólo en el Dios Único, son —así de claro— obra de «la carne» y no fruto del Espíritu. (Y como ya hemos dicho en el primer artículo, por «la carne» se entiende la configuración total de actitudes y conductas humanas de pecado, y que se opone a la obra del Espíritu Santo de Dios en nuestras vidas.)

Huyamos, entonces, de esos *ídolos* que procuran inspirar nuestras pasiones y controlarnos. E invoquemos siempre al Señor en la compañía de nuestros hermanos en la fe —y en actitud de confesión de pecados— cuando nos vemos necesitados de curación y sanidad.

—D.B.

Noticias de nuestras iglesias



Se nos casó Mari Paz

Burgos, 9 abril 2006 — ¡Qué boda más bonita! Después de conocerse en un retiro de solteros, el 9 de abril se han casado, en Valladolid, Mari Paz y Antonio. Mari Paz llevaba muchos años bendiciéndonos aquí en Burgos —con un intervalo en Aranda también— con su sonrisa y autenticidad, y la vamos a echar muchísimo de menos. Antonio pertenece a la iglesia evangélica *Camino de Vida* de Valladolid, de donde procedía Mari Paz cuando vino a servir en Burgos, de manera que ellos la vuelven a recuperar.

La novia se hizo esperar pero la ceremonia fue tan hermosa, que de buenas ganas hubiéramos esperado más. Los hermanos de Valladolid prepararon danzas, coros, relatos y coplas... y todo resultó una auténtica gozada. Agustín predicó, hablándoles sobre la preciosa garantía que tenemos en Jesús, cuando los cimientos del matrimonio están sobre la Roca.

¡Gracias, Mari Paz, por tus años sirviéndonos en Burgos! ¡Recibid desde aquí otra vez nuestras oraciones y mejores deseos... y sed felices!

—Connie



Novedades en Vigo

Vigo, abril 2006 — Después de haber estado disfrutando durante dos años y medio de la hospitalidad de la Asamblea de Hermanos de Pi y Margall, que generosamente nos permitía utilizar su local de cultos para nuestras reuniones, el Señor nos ha provisto de un local ajustado a nuestras posibilidades financieras. De modo que iniciamos una nueva etapa con renovada ilusión. Estos dos años largos transcurridos han sido tiempos de cambios y de profunda remodelación en la composición de la iglesia y de su orientación.

Este último año ha sido especialmente alentador con la incorporación de los hermanos de «Escuela de Adoración» que se han integrado perfectamente, aportándonos su gran dinamismo y entusiasmo. La llegada de nuestros hermanos Luis Sarmiento y su esposa Patricia Zúñiga, pastores menonitas en Venezuela, con su ministerio de sanidad interior, ha sido de gran bendición al resultar una muy útil herramienta para un discipulado eficaz.

La nueva etapa presenta ilusionantes expectativas, ya que entre los hermanos hay un nuevo ambiente de mayor iniciativa en el testimonio personal, con la multiplicación del número de contactos y nuevas personas que han decidido entregar sus vidas a Cristo.



Otro de los aspectos más gratificantes es el ministerio que están desarrollando Manolo Liste y su esposa Marisa Romera entre un precioso grupo de familias romaníes. Begoña, una hermana de la iglesia, junto con Pablo, su marido, nos ha abierto su hogar. Allí hacemos reuniones de alabanza, predicación y comunión fraterna a las que acuden sus hermanas y cuñadas, muchas veces acompañadas por sus cónyuges. La hospitalidad con que somos recibidos y el interés que tienen de recibir cosas del Señor hacen esta tarea muy estimulante. Manolo, además, les ayuda a los niños

con las tareas escolares. No dudamos que el Señor Jesús tiene prometedores propósitos tanto con los adultos como con los niños. Oramos para que el Señor nos siga mostrando Su voluntad paso a paso en esta nueva andadura.

—Davide Junquera



Los libros de la Biblia

Joel, Jonás y Malaquías

Joel abre con la descripción de una sucesión de plagas sufridas pocas décadas después de la refundación de Jerusalén. El desastre natural es de tal dimensión que, en la segunda mitad de este documento, el profeta empieza a desentrañar la significación espiritual del prodigio. Joel entiende que se acerca «el Día del Señor, en el Valle de la Decisión», cuando Dios por fin restaurará plenamente a su pueblo escogido que se refugia en Jerusalén, mientras que las naciones paganas sufrirán su merecido castigo, tal vez la aniquilación.

En estas predicciones cabe destacar dos cosas en particular: En primer lugar, tenemos aquí (en continuidad con otros precedentes en los profetas) los albores de la literatura *apocalíptica* judía, donde un lenguaje recargado de simbolismo y alusiones escondidas da a entender el advenimiento de una era totalmente nueva, una ruptura con la historia de la humanidad hasta aquí... pero sin que se sepa nunca hasta qué punto los distintos detalles —como el oscurecimiento del sol y la luna— deben entenderse en un sentido exclusivamente figurado y metafórico.

En segundo lugar, Joel siempre ha sido un profeta de especial interés para los cristianos, por la cita extensa que hace Pedro de este documento en su sermón del día de Pentecostés, cuando el derramamiento inicial del Espíritu Santo.

Jonás es sin duda uno de los personajes más memorables de toda la literatura bíblica. El autor sitúa la historia en una época tres siglos antes y cuenta que en tiempos de los asirios un judío llamado Jonás ha de aprender mediante una sucesión de experiencias todas ellas muy duras, que Dios no hace acepción de personas por motivos raciales o nacionalistas. Los marineros fenicios y los asirios ninivitas —ahora desaparecidos, pero que en el siglo VIII a.C. habían llegado a acabar para siempre con el reino de Israel— se manifiestan en esta histo-

ria mucho menos rebeldes contra Dios que el propio Jonás (el caso de los marineros) y más proclives a un arrepentimiento nacional que el propio Israel (el caso de los ninivitas). La salvación *viene de los judíos*, naturalmente, por lo que en un caso y en el otro es la intervención de Jonás lo que los salvará; pero a la vez, la salvación es *para todas las naciones*.

Por cierto, en ningún momento se dice que Jonás fuera profeta. Al contrario, se pretende que se identifiquen con él *todos* los judíos piadosos. Profeta lo fue, eso sí, al autor anónimo de esta historia edificante. La idea de que los judíos han de ser una luz para las naciones, invitando a todos a temer y adorar al único Dios verdadero, tiene amplios precedentes en todo el Antiguo Testamento. Pero es en Jonás que por primera vez se establece con claridad meridiana esta responsabilidad como una misión activa que han de emprender los judíos piadosos. Reconocer esto es observar que la misión del apóstol Pablo a los gentiles, siglos más tarde, no es en absoluto novedosa sino que cuadra dentro de la propia tradición judía.

Cuando **Malaquías**, los judíos llevan algunas décadas asentados en Jerusalén y ya han reconstruido el templo. Pero los sacrificios se ofrecen a desgana y con una profunda negligencia. Los animales que se ofrecen dan auténtica lástima. Los sacerdotes son corruptos e ignorantes. El pueblo se desentiende de su obligación de mantener el ritual con sus diezmos. Y la vida familiar de los habitantes de Jerusalén es igual de triste, plagada de divorcios y de enemistad entre padres e hijos. Total que, aunque Malaquías no lo expresa con estas palabras, podríamos decir que los judíos jerosolimitanos adolecen de un desconocimiento profundo de la Ley de Dios y de su razón de ser como pueblo escogido del Señor.

Malaquías anuncia, entonces, que ha de llegar en breve un siervo del Señor, que conseguirá: (1) Restaurar

el auténtico sacerdocio levítico como predicadores de la instrucción divina entre el pueblo. (2) Poner arreglo a la corrupción del sacerdocio saduceo responsable del ritual litúrgico en el templo. (3) Poner en marcha la renovación de la vida familiar de los judíos. (4) Renovar la instrucción generalizada del pueblo en la Ley del Señor que proclamó Moisés.

Con estas ideas y esta esperanza concluye la sección bíblica de *Los Profetas*. Históricamente, poco después de Malaquías aparecen en escena Esdras y Nehemías. Ellos cumplieron hasta tal punto con lo esperado por Malaquías, que durante los siguientes milenios el pueblo judío por fin prosperó y medró y sobrevive hasta el día de hoy —pero eso lo iremos viendo poco a poco en la relación de los libros de la Biblia que nos quedan por delante.

En la Biblia cristiana, sin embargo, Malaquías figura inmediatamente delante de *los evangelios*. Reorganizado así el orden de los libros bíblicos, se puede observar hasta qué punto es especialmente en Jesús, siglos más tarde, que se cumplirán —mucho más perfectamente— las esperanzas y los anhelos de Malaquías.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de la AMyHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)
Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de la AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita por las Iglesias de la AMyHCE.

www.menonitas.org